

historia, no es mas que como un incidente, y que el asunto principal de ella es la vida regalada y sensual del rico.

Primeramente: Lázaro era un público mendigo, *mendicus*; pero por lo comun no se hace tanto caso de estos públicos mendigos, porque tienen á toda la ciudad por testigo y recurso en su miseria, y suele haber motivo para creer que sus continuas importunidades son puro artificio y que sus clamores y miserias mas son efecto del ocio que de verdadera necesidad; en una palabra, nuestro rico podia valerse para con Lázaro de los mismos pretextos de que os valeis vosotros todos los dias para despreciar á estos pobres vagos. Puede ser que otras necesidades secretas y otras obras de misericordia que lisonjeasen mas su vanidad, le hallasen mas misericordioso y compasivo.

En segundo lugar: es verdad que Lázaro, cubierto de llagas, estaba sentado á la puerta de este rico: *Ulceribus plenus, jacebat ante januam divitis*. Sin duda que un objeto tan digno de compasion debiera haberle enternecido; pero á lo menos alguna estimacion merece el que se permitiese á la puerta de su casa, sin echarle de ella, un espectáculo tan horrible á la vista, como Lázaro; que el rico nunca se quejase ni diese muestras de enfado, estando continuamente viendo este objeto, y que permitiese que este infeliz se hubiese formado asilo de la puerta de su casa. Acaso vosotros, amados oyentes míos, os hubiérais dado mucha prisa á socorrerle con una limosna; pero mas hubiera sido por apartar de vuestra vista un objeto tan fastidioso, que por socorrer á un miembro de Jesucristo: tambien puede ser que por excusar á vuestra delicadeza un solo instante de disgusto, no os hubiera parecido vuestro infeliz hermano digno de recibir este beneficio de vuestras propias manos, y que encargáseis á uno de vuestros criados que se la diese

de vuestra parte, en vez de reconocer entonces en una carne llagada la imágen de las vergonzosas llagas que presenta vuestra alma á la vista de Dios, y de expiar todos los delitos de vuestra vista fijándola en un objeto desagradable; y así puede ser que hubiérais sido mas culpables en la presencia de Dios por un exceso de delicadeza, que el réprobo de nuestro Evangelio por su indiferencia y olvido.

Finalmente, no quiso darle ni aun las migas que caian de su mesa, pero tampoco se nos dice que Lázaro las pidiese; solamente refiere el Evangelio que las deseaba, *cupiebat*. No se acusa á nuestro rico de habérselas negado, sino solamente se dice que no habia quien se las diese: *Nemo illi dabat*. No se dice que Lázaro le hablase, que le importunase, que le expusiese su hambre y sus miserias; Lázaro calla y deja hablar en su favor á sus heridas. Esta modestia parecia solicitar con mas viveza la piedad de aquel rico; pero su clase, su distraccion y sus deleites no le daban lugar á reparar en eso: puede ser que hubiese mandado con tibieza á unos criados infieles que socorriesen á este mendigo, porque á esto vemos reducida todos los dias la piedad de sus semejantes: en una palabra, no nos le representa el Evangelio tan culpable de dureza, como de indiferencia y falta de atencion.

Por eso cuando Abraham desde lo alto de la celestial morada le manifiesta el motivo de su condenacion, no le dice, como dirá Jesucristo algun dia á los réprobos: Lázaro estaba desnudo, no le vestiste; tenia hambre y no le alimentaste; estaba enfermo y no le consolaste; sino que solamente le dice: Hijo mio, acuérdate de que en tu vida gozaste de muchos bienes: *Fili, recordare quia recepisti bona in vita tua*. Acuérdate de que no tuviste que padecer en la tierra, y no se consiguen de este modo los premios prometidos á mi

posteridad. Tus padres siempre anduvieron vagos, fugitivos y peregrinos en la tierra, nada poseyeron en ella, y ahora gozan en mi seno de la herencia prometida, por la que tanto habían suspirado; tú buscaste tu consuelo en la tierra, y así no perteneces al pueblo de Dios, no eres hijo de las promesas, no te alcanza la bendición que á mí se me concedió, y tu destino es con los infieles; del lugar de tu peregrinación hiciste el lugar de tus delicias; aquella injusta felicidad no podía durar; aquí todo muda de semblante, aquí se enjugan las lágrimas de Lázaro y recibe el consuelo de sus aflicciones; pero tus risas y alegrías se mudan en llanto y crugido de dientes, y tus deleites instantáneos en tormentos que nunca se acabarán. *Recordare fili, quia recepisti bona in vita tua, Lazarus similiter malu; hic consolatur, tu vero cruciaris.* Este es todo su delito, el haber pasado toda su vida en los deleites de la abundancia y en el regalo, y este fué el motivo de su condenación, y sería temeridad en nosotros buscar otras razones mas que las que el espíritu de Dios nos ha dejado señaladas en el Evangelio.

¿Os admirais de esto, católicos? ¿Acaso ignorais que entre los cristianos es delito el no tener virtudes? ¿Os parece que el infierno solamente está destinado para los adúlteros, para los fornicarios, para los injustos? ¡Ah! si un discípulo de Moisés, viviendo bajo su ley, aun imperfecta y carnal, la que no pedía tan sublimes virtudes, en la que el despeggo del mundo no era tan riguroso, ni tan severo el uso de los sentidos, se halla reprobado por haber vivido una vida regalada, deliciosa, sin vicios ni virtudes, un miembro de Jesucristo crucificado, un hijo de la nueva ley, un discípulo del Evangelio, en el que son tan perfectas las virtudes que se mandan, tan continua la mortificación, tan prohibi-

dos los deleites, tan necesarios los trabajos, en el que el uso de los sentidos está rodeado de tantos preceptos y de tan rigurosos consejos, en el que la cruz es el sello de los que están predestinados, ¿os parece que será tratado mas favorablemente si nada niega á los sentidos y si solamente se abstiene, como este rico, de los excesos enormes y de los deleites injustos y vergonzosos?

Pues, católicos, sabed que es una verdad de eterna salud que el cristiano no puede ser predestinado si acá en la tierra no se conforma con la imágen de Jesucristo y si sus costumbres no son una expresión de las suyas: si el Padre no halla en vosotros la semejanza de su Hijo, si los miembros no se conforman con la cabeza, y estando unidos con ella hacen una monstruosa disonancia, sereis arrojados como una imágen infiel, como una piedra inútil que no ha sido labrada por la mano del Artífice y que no puede ser colocada en el edificio, como un miembro disforme que no puede ser unido con lo restante del cuerpo.

Ahora os pregunto, católicos: ¿para parecerse á Jesucristo basta no ser fornicario, impío, sacrílego ni injusto? ¿se contentó Jesucristo con no hacer mal á nadie, con no sublevar los pueblos, con no negar al César lo que le pertenecía, con no ser gloton, con que sus mismos enemigos no pudiesen arguirle de pecado grave? En una palabra, ¿con no ser samaritano y enemigo de la ley? ¿Limitó á esto todas sus virtudes? ¿no fué manso y humilde de corazón? ¿no rogó por sus enemigos? ¿no reprobó al mundo en vez de amarle? ¿se conformó acaso con el mundo cuando vino á corregirle y reprenderle? ¿no nos dió á entender que la salvación no era para el mundo cuando dijo que no rogaba por el mundo? *Ego autem pro eis rogo non pro mundo?* ¿No maldijo los deleites en vez de amarlos? ¿no declaró que el

mundo se alegraría, pero que sus discípulos no tendrían parte en sus vanas alegrías y estarían tristes? ¿pudo buscar los honores y distinciones humanas el que nunca buscó su gloria sino la de su Padre, y que se ocultó cuando quisieron aclamarle por rey? ¿pudo vivir con tranquilidad y descanso el que llevó su cruz desde el primer instante de su vida mortal, y que consumó su carrera con la consumación de sus trabajos? Este es vuestro modelo: séais del mundo ó solitario, cortesano ó religioso, consagrado á Dios ó dividido entre el Señor y los cuidados del matrimonio, si no procurais pareceros á Jesucristo, estais perdidos.

No obstante, con tal que vivais con aquella regularidad que aprueba el mundo, y que no os arguya la conciencia de vicios enormes, nada temeis en orden á vuestra suerte: es tan evidente el que en este estado no padeceis susto alguno en orden á vuestra salvacion, que si os persuadimos á que imiteis el ejemplo de los que despues de haber vivido como vosotros han conocido el peligro, y se han retirado de los placeres y distracciones del mundo, dedicándose á la oracion, al retiro, á la mortificacion y al ejercicio de las obras santas, respondeis que es cosa peligrosa el subir tan alto; os parece mayor prudencia el evitar lo que llamais exceso, y nada juzgais tener que mudar en vuestro género de vida. San Agustin se quejaba antiguamente de que algunos paganos de su tiempo rehusaban el convertirse á la fe, porque hacian una vida arreglada segun el mundo. Cuando se les exhortaba, dice este santo padre, á que abrazasen el cristianismo, respondian que bastaba el vivir bien: *Bene vivere opus est*. ¿Qué podrá mandarme Jesucristo á quien me predicais? *Quid mihi praecepturus est Christus?* ¿que haga una vida irreprochable? *Ut bene vivam?* Pues ya ha mucho tiempo que lo hago así; yo no hago mal á nadie, no man-

cho el lecho de mi prójimo, no le usurpo sus bienes por caminos injustos: *Jam bene vivo, nullo adulterio contaminor, nullam rapinam facio*. ¿Pues qué necesidad tengo de mudar de religion y abrazar otra nueva? Si mi vida fuera culpable, razon tendríais para persuadirme una ley que regla las costumbres y prohíbe los excesos; pero éstos los evito sin la ley de Jesucristo, y así, ¿qué necesidad tengo ya de Jesucristo? *Quid mihi necessarius est Christus?*

Este es precisamente, católicos, el estado de aquellos cristianos sensuales y tibios, de aquellos virtuosos del siglo, de aquellas personas irreprochables segun el mundo, de quienes voy hablando. Cuando los exhortamos á una vida mas cristiana, mas conforme á las máximas del Evangelio, á los ejemplos de los santos y de Jesucristo, cuando les anunciamos que no se puede ser su discípulo sin renunciar al mundo y á sus deleites, como se lo prometimos en el sagrado bautismo, nos responden que importa poco el privarse ó no de ciertos deleites, el ir á recrearse en un espectáculo ó hacer escrúpulo de esta diversion; el conformarse con las costumbres en orden al gasto, al adorno y al modo de vivir, ó el afectar singularidad; que lo que importa es vivir bien: *Bene vivere opus est*. El ser buen ciudadano, esposo fiel, amo desinteresado, generoso, justo y sincero; que esto es lo principal, que estas virtudes bastan para salvarse, y que no es necesario lo demás que se añade á la devocion: *Jam bene vivo, quid mihi necessarius est Christus?*¹

Pero oid lo que el mismo santo padre dice en otra parte sobre el mismo asunto. Su conducta es irreprochable segun el mundo; son hombres honrados, mujeres regulares, reverencian á sus padres, no engañan á sus prójimos, son

¹ S. August. in Joann 45.

fieles en sus promesas, no cometen injusticias, pero no son cristianos: *Christiani non sunt*. ¿Y por qué? Porque los cristianos han crucificado su carne con sus deseos, y vosotros manteneis y halagais continuamente á estos enemigos domésticos: los cristianos no son de este mundo, y vosotros sois sus esclavos, sus partidarios y apologistas; los cristianos están siempre gimiendo en lo íntimo de su corazón por los peligros de los sentidos y por los objetos de vanidad de que están rodeados, y vosotros los amais; los cristianos se hacen una continua violencia, y vosotros vivís en una inacción y en una profunda paz con vosotros mismos; los cristianos son pasajeros en la tierra, no se detienen en ella, desprecian cuanto encuentran en el camino, y están continuamente suspirando por su patria, y vosotros quisiérais poder fabricaros acá en la tierra una ciudad permanente y eternizaros en este valle de lágrimas y de dolor; los cristianos aprovechan el tiempo, que es corto, y todos sus días son llenos en la presencia del Señor, y toda vuestra vida no es mas que un gran vacío, y aun la parte mas inocente de ella es la inutilidad; los cristianos miran las riquezas como embarazo, las dignidades como escollo, la grandeza como la altura de un precipicio, las aflicciones como gracias, las prosperidades como infortunios, la figura de este mundo como un sueño: ¿mirais vosotros todas estas cosas con los mismos ojos? En una palabra, los cristianos son espirituales y vosotros sois aún terrestres: *Christiani non sunt*.

¡Ah! si para ser cristianos bastara el no cometer excesos, ¿no tenemos en el paganismo bastantes hombres prudentes, arreglados y templados, bastantes mujeres fuertes, de una austera virtud, de un modo de vida heroico, dedicados á la obligacion por la fama y el honor? ¿Los hombres mas virtuosos de nuestro siglo se parecen en algo á la austeri-

dad de aquellos antiguos modelos? Luego el ser cristianos no consiste en evitar los desórdenes, sino en practicar las virtudes evangélicas; las costumbres irrepreensibles á la vista de los hombres no constituyen al cristiano, sino el espíritu de Jesucristo crucificado; tampoco le constituyen las cualidades que admira el mundo, el honor, la probidad, la buena fe, la generosidad, la rectitud, la moderacion, la humanidad, sino una fe viva, una conciencia pura y una caridad no fingida: en la vida con que no se puede merecer el cielo, ¿cómo faltará pecado? La vida que no es digna de un santo, es indigna de un cristiano. El árbol que no lleva mas que hojas, es herido de maldicion como árbol muerto y sin raíces, y el Evangelio condena á las mismas eternas tinieblas y á los mismos suplicios al siervo infiel y al inútil. Y así, despues de haberos manifestado en las costumbres de nuestro rico réprobo la imágen de una vida sensual y mundana, aunque exenta de culpas y desórdenes, es necesario enseñaros en su castigo cuál es su destino y su fin.

SEGUNDA PARTE.

Sucedió, pues, prosigue Jesucristo, que murió este pobre y fué llevado por los ángeles al seno de Abraham; murió tambien el rico y fué sepultado en el infierno. ¡Oh, católicos! ¿qué nuevo orden de destinos! Lázaro muere el primero porque el Señor se da prisa á visitar á sus escogidos y abreviar sus días con sus trabajos; el rico le sobrevive porque el Señor se porta muy al contrario con los pecadores, abriéndoles lentamente las puertas de la muerte para esperarlos mas tiempo á que hagan penitencia; pero, finalmente, muere el rico, porque aunque las grandes riquezas nos aficio-

nen á la vida, no nos hacen inmortales. Es sepultado, *sepultus*; circunstancia que no se nota en la muerte de Lázaro: sin duda que tributaron á su memoria los honores fúnebres y que la pompa y vanidad se manifestarian hasta en su sepulcro; ensalzarian con soberbios monumentos su nada y sus cenizas; pero su alma desamparada y precipitada con el peso de sus iniquidades, ha penetrado ya hasta lo profundo del eterno abismo: *sepultus est in inferno*: Lázaro muere, su cuerpo abandonado apenas halla un breve espacio de tierra que le sirva de sepulcro; en su muerte no recibe honor alguno de los hombres; pero su alma gloriosa es llevada en triunfo por todos los espíritus celestiales al seno de Abraham: *Factum est autem, ut moreretur mendicus, et portaretur ab angelis in sinum Abrahamæ*. Muere el rico, y toda Jerusalem habla de su muerte; alaban sus virtudes, ponderan su magnificencia, sus amigos le lloran, sus parientes, para consolarse en su pérdida, procuran eternizar su memoria con títulos é inscripciones: ¡oh inútiles cuidados de los hombres! ya ni aun su nombre sabemos, y solamente le conocemos por sus desgracias; solamente sabemos que era rico y que fué réprobo. Su tribu, su nacimiento, su familia, todo pereció con él, porque los impíos, como dice el Espíritu Santo, perecen como los que nunca han existido, y aunque nacieron, es como si no hubieran nacido: *Perierunt quasi non fuerint, et nati sunt, quasi non nati*.¹ Lázaro muere, y aun en Jerusalem se ignora si ha vivido; su muerte es oscura como su vida; el mundo, que no le habia conocido, no tiene trabajo en olvidarle; pero su nombre, escrito en el libro de la vida, ha merecido tambien ser conservado en nuestros santos libros y resonar en nues-

1 Eccl. 44. v. 9.

tros cristianos púlpitos, *porque el cuerpo de los justos es sepultado en paz y su nombre vivirá por todos los siglos*.¹ En una palabra, Lázaro muere y es llevado por los ángeles al seno de Abraham; muere el rico y es sepultado en el infierno; este es un destino que nunca se mudará. ¡Oh qué necios somos, católicos! ¿qué nos importa el que Dios nos coloque en este ó aquel estado para el rápido instante que hemos de vivir en la tierra? ¿Por qué no hemos de pensar en lo que hemos de ser eternamente? Pero prosigamos la historia de nuestro Evangelio, y examinemos todas las circunstancias del castigo que padece este infeliz en el lugar de los tormentos.

Primeramente, apenas llegó al lugar de su suplicio, dice Jesucristo, cuando levantó los ojos y vió á Abraham y á Lázaro que descansaban en su seno; *elevans oculos*. Desde luego empieza levantando los ojos: ¡qué sobresalto! Es decir, que en toda su vida no los habia abierto ni una sola vez para ver el peligro de su estado; es decir, que nunca se le habia ocurrido el dudar si el camino por donde iba tan seguro en la apariencia y tan aprobado en el mundo, podia guiarle á la perdicion. Porque los pecadores declarados, las almas entregadas enteramente á la culpa, bien conocen que su vida es vida de reprobacion, y solamente se sosiegan con la esperanza de salir de ella algun dia y vivir mejor; pero aquellas almas entregadas al ocio, al regalo y á los deleites, de quienes hablo, que se abstienen de los excesos y desórdenes, mueren regularmente sin haber sabido que habian vivido delincuentes. El rico reprobado ve desde lejos á Lázaro en el seno de Abraham, revestido de gloria y de inmortalidad, primera circunstancia de su

1 Ibid. v. 24.